

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Quintín-Quílez, P. (2019). La herencia como símbolo de las relaciones familiares en *La Oculta*, novela de Héctor Abad Faciolince. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 21(1), 59-81. DOI: 10.17151/rasv.2019.21.1.3

VIRAJES

La herencia como símbolo de las relaciones familiares en *La Oculta*, novela de Héctor Abad Faciolince*

PEDRO QUINTÍN QUÍLEZ**

Recibido: 15 de febrero de 2019

Aprobado: 6 de abril de 2019

Artículo de Reflexión

* Este texto es un producto parcial del proyecto de investigación Transferencias patrimoniales entre generaciones: las donaciones inter vivos en Cali que ha recibido apoyo institucional de la Universidad del Valle.

** Doctor en Geografía e Historia (Antropología Social) por la Universidad de Barcelona (España). Profesor de la Universidad del Valle, Cali, Colombia. E-mail: pedro.quintin@correounivalle.edu.co

ORCID: 0000-0002-6039-6532. [Google Scholar](#)



Resumen

El objetivo es ofrecer un análisis socio-cultural de *La Oculta* (2014), novela de Héctor Abad Faciolince que tiene como centro de la trama la historia de una casa-finca familiar ubicada en la zona suroeste de la colonización antioqueña. En términos metodológicos, se aborda el texto como una compilación de testimonios imaginarios de los que se pueden entresacar convenciones y valoraciones acerca de lo que deben ser los vínculos inter-personales. En la novela, la casa-finca adquiere una entidad propia en la vida de quienes la poseen y la habitan, al tiempo que esas personas se definen y se individualizan gracias al contrapunteo constante respecto del inmueble, tanto en términos de generaciones como de género. De hecho, la herencia del bien se constituye en el dato primero a partir del cual los personajes tratan de ubicarse en el mundo y de cerrar las brechas e incertidumbres de la vida colectiva.

Palabras clave: *La Oculta*, Héctor Abad Faciolince, literatura colombiana, herencia, patrimonio, relaciones familiares.

Inheritance as a symbol of family relationships in Hector Abad Faciolince's novel, *La Oculta*

Abstract

The objective of this paper is to offer a socio-cultural analysis of Héctor Abad Faciolince's novel *La Oculta* (2014), that has as the center of the plot the story of a family farmhouse located in the southwest area of the Antioqueña colonization. In methodological terms, the text is addressed as a compilation of imaginary testimonies from which conventions and assessments about what inter-personal links should be can be scanted. In the novel, the farmhouse acquires its own entity in the lives of those who own and inhabit it, while these people define themselves and are individualized thanks to their constant divergence about the property, both in terms of generations and gender. In fact, the heritage of the good is the first fact from which the characters try to locate themselves in the world and close the gaps and uncertainties of collective life.

Key words: *La Oculta*, Héctor Abad Faciolince, Colombian literature, inheritance, heritage, family relationship.

Introducción

(...) *la ficción es casi siempre copia de la realidad, o es exageración de la misma, o disimulo de lo que sí ha ocurrido* (Abad Faciolince, 2014, p. 286).

Una propiedad inmobiliaria es la protagonista de *La Oculta*, novela del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince publicada en el año 2014 por la Editorial Alfaguara. *La Oculta*, nombre de una finca ubicada en el municipio de Jericó, cerca de Palermo, en el suroeste de Antioquia, no es solo el escenario principal donde transcurren las tramas centrales del texto, ni un mero recurso de la memoria a partir del que otros actores reconstruyen sus vicisitudes personales, sino que adquiere características propias de un personaje activo, con el que cada uno de los demás se engarza afectivamente. Nuestra hipótesis es que *La Oculta* no es la excusa para hablar de otras cosas ni tampoco el referente de cierta realidad social, un recurso para dotar de *realismo* al relato, sino que ella tiene una vida propia, de varios siglos por demás, y, tras varias décadas de expansión durante la fase de esplendor cafetero, viene pereciendo, desmembrada poco a poco, en el presente. De hecho, el libro es ante todo una biografía de la casa-finca, el drama histórico de un bien material en proceso de desaparición mediante el cual se simboliza la historia de un linaje.

Más aún, la herencia del bien es el eje central que hace existir a esta obra de ficción, sobre el que ella gira formal y estéticamente, el “elemento que desempenha um certo papel na constituição da estrutura” (Cândido, 2006, p. 13) del texto, como propuso el sociólogo y crítico literario brasileño Antônio Cândido, en una conferencia de 1961, acerca de las posibilidades que abrían las ciencias sociales para el análisis y la crítica literaria (Cândido, 2006). La transmisión de la propiedad hace surgir de forma narrativa las relaciones entre los distintos personajes humanos, sobre todo –y en este punto lo hace de forma más potente y significativa– en tanto que el motivo por el que precisamente se producen esas relaciones es la herencia de *La Oculta* que activa y vincula a los personajes, es por su culpa que cada uno de ellos aparece en escena, que las tramas se entrecruzan, la que los hace existir en tensión con sus propias biografías y expectativas. En este caso, sin duda, el bien inmueble y su circulación en esta novela es el principal “fator da própria construção artística” (Cândido, 2006, pp. 15-16).

Lo que sigue es un intento de desentrañar el sentido que, en esta novela, adquiere la propiedad heredada como símbolo de las relaciones familiares.

Tres voces en torno al patrimonio heredado

La novela se compone a partir de la sucesión de cincuenta fragmentos de relatos en primera persona de cada uno de los herederos, tres hermanos (Antonio, Eva y Pilar)¹, mediante los que reconstruyen –desde un presente que va evolucionando lentamente a partir de la noticia de la muerte de Ana, la madre, con la que se inicia el relato–, su respectiva relación con la propiedad. *La Oculta* se erige en primera instancia como un recurso de la memoria para los tres narradores que, por su intermedio, reconstruyen sus propias biografías y exponen su visión de diferentes aspectos de la vida en general (la familia, el amor, el trabajo, la sexualidad, etc.) y, en particular, de la estructura de propiedad de la zona de colonización occidental antioqueña, la violencia sufrida en las últimas décadas y el desarraigo de la región. El vínculo con la finca no es solo el pretexto para narrar sus trayectorias personales y reconstruir la genealogía y la historia familiar sino, sobre todo, para valorar el cambiante mundo en que viven y su posición en él.

En una primera lectura, la novela puede ser tomada como el relato de un caso que, a pesar de su particularidad imaginaria, ejemplifica una situación más general, una historia compartida con otros: el nacimiento, el auge y la decadencia de los linajes de colonos y finqueros cafeteros de Antioquía, las dificultades de las nuevas generaciones para permanecer en el mundo rural y campesino del que descienden y, sobre todo, la triste y dolorosa historia vivida por una región del país atravesada en las últimas décadas por coyunturas trágicas y violentas dada la presencia de grupos guerrilleros y paramilitares que, junto a la irrupción de nuevos intereses económicos, trastocan el orden rural. El autor lo expresó en una entrevista sobre este libro: “La mitad de los colombianos viven en extrema pobreza, mientras que el 1 % es infinitamente rico. Yo soy del 49 % restante, como la familia Ángel, y ellos son bastante típicos. Es una novela de clase media...” (Abad Faciolince, 2018). Como han desatacado algunos críticos literarios (Canfield, 2018; Pron, 2018; Sanz, 2015), *La Oculta* sería, en este sentido, una reconstrucción ficcional de la historia de la parte sombría del acontecer local y regional que su autor sacaría a la luz, el develamiento de la parte oscura de la historia de este país: ¿acaso es solo una ironía que la novela se titule, precisamente, *La Oculta*?

Por interesante que pueda ser esa vía, no es el propósito mostrar aquí la sociedad o los acontecimientos que están *por detrás* del relato, vertidos

¹De distinta extensión, 21 fragmentos corresponden a Antonio, 17 a Eva y 12 a Pilar.

ficcionalmente por el autor², como por ejemplo propone el antropólogo Frigolé (1995) a propósito de la obra dramática de Federico García Lorca. Tampoco pretende considerar la manera como la novela busca producir un efecto de realidad por medio de una sociografía más o menos adecuada de la sociedad antioqueña y colombiana; menos aún evaluar qué tan ajustada es esa reconstrucción respecto de alguna situación fáctica (para una reflexión general sobre este asunto, véase Passeron, 2011).

Aquí se explora el mundo que el autor *propone a sus lectores* a partir de un aspecto muy concreto pero que recorre buena parte de la trama: ese bien inmueble que vincula el pasado, el presente y el futuro de sus personajes. La herencia –eje privilegiado de la continuidad de la sociedad en el tiempo y de la discontinuidad de las personas– es la traslación del pasado sobre el futuro –por el lado del que da como proyección del deseo e intuición de lo por venir; por el del legatario, lazo y lastre de lo que ya no existe más–.

De haber alguna trasposición del mundo –en este caso de aquel que gira alrededor de una propiedad heredada–, ello no se hace de forma fidedigna sino arbitraria y deformada para, así, dotar al relato de un carácter más expresivo: se pone en funcionamiento una necesaria “traición metodológica a las ciencias sociales, ya que se hace pasar a algún referente de la realidad por un filtro estético que la deforma para servir a otros propósitos” (Cándido, 2006, pp. 21-24). Como señala el filósofo francés Jacques Bouveresse (2008), la literatura de ficción tiene una virtud frente a otras formas de producir conocimiento: por ejemplo, las ideas y reflexiones de los protagonistas de las novelas suelen ser más atrevidas, audaces y heterodoxas que las de sus autores, lo que les otorga cierta ventaja para esclarecer mejor realidades enigmáticas y problemáticas, y también para nutrir mejor la reflexión moral. Pero eso no se logra por medio de la semejanza y la fidelidad del relato con la realidad de la que pretende hablar: a diferencia de la ciencia, la relación no suele ser referencial, y solo queda aceptarlo como un ejemplo de lo posible.

El autor recurre a la historia de *La Oculta*, un asunto en principio meramente económico asociado a su disposición futura tras ser recibida como herencia, ya que le permite sobre todo movilizar aspectos relacionales, reflexiones y valores espirituales. La trama se revuelve constantemente en torno a la tensión que rodea a la misma materialidad e impersonalidad del bien, porque *La Oculta* es tomada por sus principales protagonistas en tanto que *patrimonio*, un bien singular que no puede ser (o no debiera ser)

² Reflexión que Abad Faciolince ha propuesto en un artículo publicado en la revista *Soho*: “La verdadera ‘La Oculta’”. Recuperado de <https://www.soho.co/historias/articulo/la-oculta-del-escriptor-hector-abad-faciolince-la-verdadera-finca/37691>

transado en el mercado sino tratado como un bien a ser conservado: antes que ponerle precio, la novela lo llena de valoraciones morales que le son firmemente amarradas.

De hecho, el peso dramático se esboza desde el inicio, cuando los tres hermanos –igual que buena parte de sus predecesores– declaran querer morir, o cuanto menos ser enterrados, en la finca (Abad Faciolince, 2014), por ejemplo, Antonio contrapone el apartamento de Nueva York en el que vive (“No es mi casa”) con la que sí considera su casa, allí donde imagina el futuro, la finca:

(...) el último de los Ángel tiene que tener su tumba allá, en La Oculta, la tierra que todo nos lo dio, la que permitió que mi padre fuera médico y mis tíos ingenieros y abogados, a la que le debo incluso la posibilidad de haber tenido un violín desde niño y más tarde de haber venido a vivir aquí, en Nueva York, donde a ratos me pudro de frío y de nostalgia por no estar allá, en La Oculta. (Abad Faciolince, 2014, pp. 88-89)

¿Qué hace tan expresivo a este objeto, tan precioso para intentar elaborar las tensiones de una sociedad? Siguiendo a la socióloga francesa Nathalie Heinich (2012) se pueden intentar dos vías para dar una respuesta: por un lado, reconstruir *la pragmática* –lo que los personajes hacen con ese bien patrimonial en medio de la serie de eventos narrados–; por otro, *la gramática* –los principios de juicio y evaluación puestos en marcha–, un camino que permitiría poner de evidencia los recursos axiológicos, el sistema de valores que son comunes a quien los enuncia (en este caso el autor por boca de sus personajes) y a la sociedad que lee el libro, a partir de los que la obra literaria adquiere sentido. Afortunadamente, no es necesario decidirse aquí por una vía, ni siquiera privilegiar una en detrimento de otra: además de las acciones conocemos las razones y argumentos que ofrecen los personajes en sus reflexiones más íntimas, en las emociones que expresan, pero también en sus interacciones: los fragmentos parecen trozos tomados de sus respectivos diarios, de sus confesiones.

¿Dónde buscarlo en el texto? Por ejemplo, ese sistema de valores se muestra, al igual que suele suceder en la vida cotidiana, por las emociones (positivas o negativas) que despliegan los personajes de la novela en su relación con el bien patrimonial (la “ironía” habrá que verla no como falta de emoción sino como la forma de camuflarla). ¿Qué inquietudes personales atraviesan la trama? ¿A qué valores están vinculadas?

El anclaje temporal y afectivo del bien inmueble

El carácter de ser vivo y protagonista principal que se le otorga a la propiedad queda marcado de partida con las tres citas iniciales del libro (véase Abad Faciolince, 2014, p. 9). La primera, tomada del Levítico (25:34), recoge las advertencias de Jehová a Moisés en el Monte Sinaí respecto de las propiedades que les iba a entregar en la tierra prometida: “Pero sus campos nunca se vendan, por ser herencia sempiterna”. Aparte de recomendar el reposo de la tierra de cultivo cada 7 años y la celebración de un jubileo cada 50 años, así como de establecer las condiciones para volver a comprar las propiedades vendidas –derecho de rescate o retracto que da prioridad al antiguo poseedor y a su familia– o para recuperarlas al celebrarse el jubileo si no se tienen medios monetarios para volver a adquirirlas, en este apartado Jehová prohíbe la posibilidad de enajenación de los *campos* –tierras de ejido, tierras de pasto, dependiendo de las traducciones– recibidas por los levitas, los sacerdotes. Tierra y familia son inseparables.

La segunda es un fragmento de la novela *Live & Times of Michael K.* (1983), del escritor sudafricano J. M. Coetzee [1940-], que reconstruye el viaje emprendido por el protagonista para llevar a su madre moribunda, y luego, al fallecer, sus cenizas, hasta su tierra natal en medio de una cruel guerra civil y del sistema de apartheid. En ese fragmento, Michael K. imagina poder vivir por siempre en la silenciosa casa materna, ahora abandonada y semiderruida, que él va a tratar de reconstruir y por medio de la que quisiera poder dejar en herencia a sus hijos y nietos “... the privilege of so much silence...”, el privilegio de tanto silencio.

La tercera, de la escritora cubana Dulce María Loynaz [1902-1997], es tomada incompleta de la última estrofa del poema “Últimos días de una casa” (1958), sentido lamento por la pérdida de la casona habanera en que la autora pasó parte de su vida:

Los hombres son y sólo ellos,
los de mejor arcilla que la mía,
cuya codicia pudo más
que la necesidad de retenerme.
Y fui vendida al fin,
porque llegué a valer tanto en sus cuentas,
que no valía nada en su ternura...
Y si no valgo en ella, nada valgo...
Y es hora de morir.

Cada una de estas citas remite a una relación temporal distinta con la propiedad y, asimismo, representan tres momentos de su existencia:

nacimiento, vida y muerte. La ley antigua, encarnada en la cita de la Torá y el Antiguo Testamento de la Biblia, inscrita entre los siglos VI y IV antes de la era actual, remite al pasado más lejano que no es sino el de un orden inmemorial que hace de la propiedad un designio divino, inmodificable por cuenta de su origen. El retorno a un pasado cercano, la casa y la tierra materna abandonadas apenas una generación atrás, en medio de las incertidumbres del presente, aparece en Coetzee como la posibilidad de salvación individual para un protagonista desorientado en medio de un violento conflicto y de la discriminación racial. Pero el estado de la propiedad no es aquí sino la señal de que, aun en su estado de decrepitud, puede ser reconstruida y revivida para llenar de sentido al futuro. El presente que reniega del pasado se plasma, en el poema de Dulce María Loynaz, por medio del doloroso reclamo hecho en primera persona por la casa familiar al verse convertida en dinero, vaciada de afectos y destinada a su pronta desaparición, a la muerte por la pérdida de los vínculos personales.

Las tres citas condensan así el armazón de fondo de la novela, no solo en términos de tiempo (el pasado originario, el tiempo más cercano, aunque traumático o el presente moribundo y sin futuro) sino en tanto que enmarcan lo que en cada uno de esos tiempos acontece con la vida de La Oculta. A la casa-finca se la erige así en una entidad llena de sentido en sí misma: recibida como herencia, se convierte para cada uno de sus nuevos propietarios en la imagen que condensa toda una red de relaciones familiares pasadas, presentes y futuras, a partir de la que cada uno fija su posición en el mundo. Siguiendo a Bajtín (1992), puede afirmarse que, con el progreso de la narración, el autor transforma La Oculta en símbolo: “La transición de una imagen a un símbolo le confiere una *profundidad* de sentido y una perspectiva semántica” (p. 381).

Una propiedad ruinosa: entre la decadencia del linaje y el apego al bien material

Desde el comienzo de la novela la propiedad está amenazada en el presente por la escasez de recursos financieros, sometida a numerosos gastos de mantenimiento que hacen pensar a los hermanos, una vez muerta la madre, en la posibilidad de vender, si no toda la propiedad, sí algunas fracciones o parcelas para sufragarlos. La Oculta ya no es productiva y da más gastos que beneficios, a diferencia de lo que sucedía un par de generaciones atrás, cuando la familia era campesina y dependía de su producción –café y ganadería– para sobrevivir (lo que, por ejemplo, obligó al abuelo a abandonar sus estudios profesionales para ocuparse de ella a la muerte de su padre). Fragmentada por sucesivas herencias, hoy no es sino

tierra muerta, improductiva, amenazada en todo caso por la minería que se expande a su alrededor, y solo se otea como final su conversión en terreno donde edificar un condominio de lujo.

Pero su falta de valor productivo no es sinónimo de carencia de valor sentimental y afectivo. Al contrario, es precisamente sobre el trasfondo de lo costoso de su mantenimiento, de su inutilidad práctica como fuente de recursos, que los sentimientos de los hermanos pueden ser vistos a contraluz, más nítidos y contrastados. Aunque todos expresan su estrecho apego, solo una de las hermanas muestra al final suficiente capacidad de resistencia para intentar sostener la finca y superar los desafortunados hechos vividos en las últimas décadas que han llevado a La Oculta a su actual estado (mermada de recursos por culpa de un secuestro por la guerrilla, de un violento ataque paramilitar o de la muerte del padre, entre otros factores), y para intentar reconducir las relaciones que las nuevas generaciones –más urbanitas y profesionales– mantienen con el mundo rural y campesino en el que, en apariencia, la propiedad adquiere pleno sentido. Para estos empecinados, sin embargo, los destinos de la familia y el de la finca están enlazados³.

De hecho, los tres hermanos miden su relación mutua por medio de La Oculta, convertida en instrumento para el cálculo del afecto, en artefacto para valorar los vínculos sociales y su transformación (Schuster, 2016): del inicial interés compartido y la interdependencia en sostener la propiedad –teniendo cada uno sus propias razones para ello– que supone desarrollar una serie de acciones cooperativas (organizar las finanzas, enviar dinero para arreglos, etc.), progresivamente surgen desapegos prácticos y afectivos con respecto a la finca y, por tanto, respecto de los hermanos; de esta forma, al final dominan con fuerza las solidaridades por fuera de la familia de origen, proceso que avanza de forma paralela con la manera en que los hermanos menores diluyen el vínculo directo con la finca al vender su parte.

³ Según Pilar, el sueño de todo colombiano es tener una tierra (Abad, Faciolince, 2014, p. 292); previamente ella misma reconstruye una conversación entre Antonio y Jon, su pareja norteamericana, donde el primero reclama como principio fundamental el apego a la tierra de los antioqueños (Abad Faciolince, 2014, p. 220). A fines de los años 1960 planteaba Estanislao Zuleta (2010) que, en la configuración agraria de Antioquia basada en la colonización –de la que el origen imaginario de la finca La Oculta sería un buen ejemplo– “la parcela envuelve una contradicción” (pp. 30-32): al mismo tiempo que amarra a la familia a la tierra, también expulsa dolorosamente al excedente demográfico crónico que genera. En el caso de La Oculta, los herederos, profesionales y empresarios de ciudad desde un par de generaciones atrás, no tendrían ya la misma relación vital con la propiedad, sino más bien afectiva y emotiva que los amarra a la tierra poseída en el presente, no a la que podrían adquirir. Sin embargo, dado que esta relación afectiva está presente incluso en las economías agrarias capitalistas más desarrolladas, como muestra el sociólogo Robert Wuthnow (2015) para Estados Unidos, cabe poner en discusión cualquier excepcionalidad regional.

Más que por medio de muestras directas de desafecto fraterno –por demás que se intuyan envidias, entre las dos hermanas sobre todo, y se presenten pequeñas fricciones–, los protagonistas apelan a un objeto, la finca, para expresar el estado y evolución de sus vínculos personales, vínculos que van de la fortaleza inicial, pasando por la ambivalencia (cuando se combinan la nostalgia y la hostilidad, como en el caso de Eva), hasta el desprendimiento, del que la parcelación final de La Oculta no es sino el indicador de la disolución del vínculo familiar.

En este sentido, cabe destacar el dominio de una gramática narrativa centrada en el despliegue del papel activo de las mujeres, del trabajo de parentesco que ellas realizan para mantener las relaciones sociales (Schuster, 2016) en este caso mediante el esfuerzo destinado al sostenimiento del bien inmueble.

Herencia masculina, trabajos femeninos

Aunque se trata de un bien familiar heredado por vía paterna (propiedad del linaje de los Ángel, antiguos judíos conversos españoles, según explica Antonio), es fundamental el papel que, tanto en el pasado pero sobre todo en el presente, juegan las mujeres a la hora de sostener la propiedad.

Este punto aparece enunciado desde el inicio de la novela, cuando se describe la forma en que Ana, la madre recién fallecida, se ocupaba de alistar y preparar la finca para atender la visita de los hijos –sobre todo para pasar la Navidad–, y, avanzada la novela, se nos informa en repetidas ocasiones cómo fue ella quien, junto a Pilar, la reconstruyeron tras el incendio provocado por los paramilitares. Aunque residía en Medellín, Ana fungía como administradora de la finca para cuyo sostenimiento contaba con los aportes de los hijos, unos recursos de los que llevaba “las cuentas claras” (Abad Faciolince, 2014), pues sus propios ingresos no le permitían hacerse cargo del todo. Era por tanto gracias a sus gestiones que persistía la propiedad, esa herencia paterna a la que sin embargo ella “no tenía apego familiar” pero por la que había vendido su propio apartamento en la ciudad y a la que había dedicado buena parte de sus ganancias de una panadería y lo recibido posteriormente de su venta (Abad Faciolince, 2014). Ana, que “... nada heredó, nada le regalaron, todo lo hizo sola, madrugando todos los días a trabajar” (Abad Faciolince, 2014, p. 144) se convirtió en el baluarte de La Oculta. Muerta ella, los lazos con la finca se debilitan, como expresan tanto Antonio: (“... la finca era inseparable de ella, y ahora casi impensable sin su presencia”) como Eva:

Desde que ella se murió sentí que la parte más sólida de mi vida se había desmoronado. Y que lo menos sólido, empezando por *La Oculta*, ya no tenía ningún sentido para mí. [...] Ahora que ella no está no pienso volver más a la finca, o por lo menos nunca más en Navidad. Sin ella no es lo mismo y lo único que voy a sentir, si voy, es tristeza de que ella no esté ahí. No más. (Abad Faciolince, 2014, pp. 23-24)

Pero con excepción de Pilar, nueva custodia *femenina* de la herencia y del linaje paterno: "... yo quiero vivir y morirme aquí, en esta finca, que (después de mis hijos, mi marido y mis hermanos) es lo que yo más quiero" (Abad Faciolince, 2014, p. 48), y allí espera ser enterrada, apegada al terruño, como los antioqueños.

A esta dimensión de género pueden vincularse otras dimensiones.

En primer lugar, la forma como el sostenimiento de la propiedad se inserta en una lógica algo perversa de Ana para mantener a sus hijos cerca. Su teoría, a la que ajusta su comportamiento y su vida, tal y como se la explica a una hermana, era:

Que los viejos tienen que comprar la compañía (...) yo sé que los viejos tenemos que pagar por no estar solos, pero esta es la plata mejor gastada del mundo. Por eso no podemos darles en vida la herencia a los hijos, sino írsela soltando de a poquitos, para no quedarnos íngrimas y arrinconadas en un asilo. (Abad Faciolince, 2014, pp. 22-23)

La gestión de la propiedad y del dinero es, por tanto, el medio para la gestión del afecto: retener la herencia es un mecanismo para amarrar a los hijos. A ello suma otros mecanismos: para que todos quisieran ir a la finca (una visita especialmente esperada para Navidad), había asumido la tarea de mantenerla bien arreglada y surtida, asumiendo ella la compra de los mercados y el pago del servicio, de tal forma que (según Antonio) así pensaba ella que compraba el amor y el afecto filial. El control real sobre la propiedad se erige en una especie de chantaje o transferencia condicionada a cambio de afecto a partir de la penosa tarea de administrar y mantener la finca, de ese pequeño trabajo de las mujeres encargadas del hogar, del trabajo invisible que lo sostiene que no es sino la tarea inacabable de mantenimiento y actualización cotidiana de las relaciones sociales.

En segundo lugar, en el cierre de la novela se cuenta cómo, dos años después de la muerte de la madre, Pilar queda finalmente a cargo de la casa –que ya no es finca–, pues sus hermanos venden a unos constructores su respectiva parte a buen precio para que en los terrenos colindantes se levante un condominio, sobre todo para nuevos ricos. Ella, que en la casa

había cuidado de su mamá hasta su muerte y de una tía y donde vivía con su esposo Alberto, deviene ahora en una especie de matrona paisa con todos los aditamentos del caso: cinco hijos, felizmente casada de toda la vida, de talante tradicionalista, dadivosa con la familia, etc.; réplica de la madre, una figura estereotipada que es puesta a funcionar como recurso narrativo en contraposición a los otros dos hermanos.

Antonio que, durante todo el relato, se muestra nostálgico, con *saudade* por la finca, sobre la que viene fantaseando siempre (véase las páginas: 88-89), tras muchas dudas y empujado por su compañero sentimental norteamericano que no entiende la obsesión paisa por la tierra y la familia como se muestra en el siguiente relato:

También le dijo que en realidad él creía que, en nuestra familia, y en general en toda Antioquia, había una especie de locura con las fincas. [...] Que él definitivamente no entendía ese apego a la tierra, a los antepasados que la habían colonizado, a la propiedad rural. [...] Que él no comprendía ese apego ancestral, anacrónico, a un pasado campesino o pueblerino de la familia. (pp. 320-321)

Decide que no quiere tener ya nada que ver con la finca, pero queda pleno de remordimientos y culpa por haber vendido su parte; derrotado, exclama: “Es increíble: lo que no lograron hacernos ni las guerras civiles, ni la guerrilla ni los paramilitares, lo consiguieron los negociantes” (Abad Faciolince, 2014, p. 329). Substituye así la incomprensión de su pareja por la avidez de los constructores y los nuevos ricos como explicación de su fracaso en retener su parte de la herencia.

Por su parte Eva, entre melancólica por la pérdida del bien y feliz de poder recuperar una libertad que su doloroso pasado en la finca no le permitía disfrutar totalmente, pero sobre todo por poder juntar con la venta de su parte una plata para su hijo que reside en el exterior (véase las páginas: 257-258), solo atina a llevarse los viejos libros del padre:

De algún modo salí escapándome de ellos [de Pilar y su esposo], de todo, del pasado. Sobre todo, del pasado, de todo ese peso familiar. [...] Antes de dormirme me juré que nunca más iba a llorar por La Oculta. Nada, iba a desterrar la nostalgia, el animismo, las tontas tradiciones familiares, de mi vida. Nada de nostalgia, solamente presente, nada de futuro. (Abad Faciolince, 2014, p. 319)

En su caso, la libertad se levanta contra la propiedad heredada, el pasado que la lastra.

El libro se cierra con la voz de Pilar: desencantada y enferma, aún aspira a trabajar para mejorar la casa y recuperar la dicha de la vida anterior, sueña con la finca tal y como era antes y se desvela por la noche y recorre la casa con la ilusión de que La Oculta sigue estando ahí, como antes, una fantasía de la que la desengañan las primeras luces del día: “No quiero que amanezca y me parece triste preferir la noche. [...] Antes la dicha era esperar el amanecer y ver la vista; el día era la vida. Ahora solo es bueno cuando todo está oscuro y es de noche” (Abad Faciolince, 2014, p. 334). Cuando Antonio y Eva se rinden, Pilar resiste. ¿De dónde proviene su fortaleza?

Pilar es la primogénita, pero no sabemos si es por ese motivo que le cabe una responsabilidad mayor con la propiedad. Lo cierto es que ella había hecho una promesa a su padre en el lecho de muerte durante el secuestro por la guerrilla de Lucas, el hijo primogénito de Pilar. Para pagar el rescate tuvieron que vender todo excepto la casa en la ciudad y La Oculta, “Esto lo tengo grabado como un tatuaje en mi memoria: La Oculta no se vende”. Esa orden imperativa provenía directamente del padre agonizante:

Entonces él me dijo, muy despacio, mirándome fijo con sus ojos azules: ‘Lo que te quiero pedir es que nunca vendas La Oculta, ni siquiera si –cuando yo me muera– tu mamá y tus hermanos te dicen que la puedes vender para pagar el rescate de Lucas. Esto es lo que te quiero pedir: que tú te encargues de que nunca vendan La Oculta, ni ahora ni nunca mientras estés viva. Y que le hagas prometer a Lucas, cuando vuelva, y cuando herede de ti, que él tampoco venda’ (...) Me dijo que esa finca era todo lo que teníamos, que esa finca era la tierra que nos había tocado en la lucha por la vida y no se la podíamos entregar a nadie, ni por las buenas ni por las malas (... que) les había dado (a la familia) una vida digna (...) y que eso no se podía perder por ningún motivo, ni siquiera por la persona más amada de toda la familia, que era Lucas. Me dijo que yo, que era la primogénita, tenía que sacrificar a mi primogénito si era necesario, con tal de defender la tierra (...) Y mi papá lloraba al igual que yo, en silencio, porque nos estábamos despidiendo para siempre, y él me estaba pidiendo que me apegara más a un maldito pedazo de tierra que a una persona (...) Yo no lo entendía bien, francamente, aunque ahora que estoy vieja lo entiendo mucho mejor. (Abad Faciolince, 2014, pp. 227-228)

Ante la insistencia de la hija, a este argumento patrimonial el padre suma otro de corte pragmático: en caso de que alguna vez se estuvieran muriendo de hambre, “nos íbamos a quitar el hambre cultivando la tierra de La Oculta” (Abad Faciolince, 2014, p. 229), pero esta idea ya no tiene la misma intensidad emocional. Pilar queda así amarrada a una promesa que parece ya haber transmitido a Lucas quien, cuando lleva de visita a la finca a sus

hijos “les explica por qué esta finca es tan importante para toda la familia (...) y yo siento que empezó con los abuelos y siguió con Cobo y conmigo, sigue vivo, hasta Lucas y los hijos de Lucas, y seguirán con los hijos de los hijos de Lucas...” (pp. 230-231). Una retahíla de resonancias bíblicas.

Por otro lado, de los tres hermanos ella es quien asume el papel más convencional en términos de género. El hijo varón, Antonio, que reside en Estados Unidos, es homosexual, está casado con un artista norteamericano negro y no tiene descendencia, por lo que no puede convertirse en puente intergeneracional para el linaje; Eva tiene tras de sí una larga y enrevesada trayectoria de uniones conyugales con varios hombres, esposos y amantes, tuvo un hijo que crió por su cuenta y aparece al final de la novela en compañía de una nueva e inesperada pareja, una jovencita. De forma contrapuesta, Pilar aparece en repetidas situaciones como la perfecta representación de la mujer en tanto que hija devota, dedicada esposa y abnegada y sufriente madre, siempre atenta a cuidar de los enfermos y de los muertos de la familia –a los que amortaja pacientemente–. Tan puesta en su papel, Pilar sostiene al pasado en el presente y espera trasladarlo al futuro; desviados de sus papeles, Antonio y Eva rompen finalmente amarras con el pasado al alejarse de la propiedad: su futuro será vivido en otra parte, con otra vida lejos de La Oculta.

Pero esa ruptura de los dos hermanos no se da de forma sencilla. Así, la tarea femenina, encarnada en Pilar en el presente, se opone a la labor y el esfuerzo masculino que dio origen a la creación de la finca tal y como es relatada de forma detallada en los muchos y largos apartados que le dedica Antonio (en 15 de los 24 fragmentos que aparecen bajo su nombre). Él, quien declara que “... a La Oculta [los Ángel] estamos aferrados con garras y dientes, como si fuera la última tabla de salvación de unos naufragos a la deriva del mundo” (Abad Faciolince, 2014, p. 40) y es el único heredero varón con el que se habrá de cerrar el linaje y la transmisión de la sangre de los Ángel pues no tiene hijos:

Seguro que voy a ser el último de los Ángel, al menos por esta rama de la familia, y el último de los Ángel tiene que tener su tumba allá, en La Oculta, la tierra que todo nos lo dio, la que permitió que mi padre fuera médico y mis tíos ingenieros y abogados. (Abad Faciolince, 2014, p. 89)

Instituye como su único aporte al linaje la reconstrucción de la historia de la finca, a la que se dedica de forma obsesiva cuando está de visita en Colombia y que espera perpetuar con las detalladas explicaciones históricas dadas a sus sobrinos (véase las páginas: 264, 268, 269).

Se trata, por cierto, de una historia plagada de personajes masculinos en la que las mujeres aparecen, como mucho, en tanto que personajes secundarios, siendo apenas unos nombres enunciados de pasada. Incapaz de cumplir como hombre con las usuales responsabilidades familiares, Antonio pone énfasis en el papel de los antepasados masculinos y se inventa un rol familiar peculiar para sí mismo:

Soy el único en la familia que sabe recitar su letanía de nombres, porque a mí me interesan los libros con polillas, las partidas de bautismo y los certificados de defunción. [...] Hace años que quiero hacer un escrito sobre esta finca, para que mis sobrinos y los hijos de mis sobrinos sepan y recuerden cómo fue la cosa. Así sabrán cómo empezó todo, y así sabrán también que para conservar esta finca muchos tuvieron que sudar y llorar hasta derramar sangre [...] Igual que mis antepasados, a quienes intento darles voz, resucitarlos por un instante en estas letras. (Abad Faciolince, 2014, pp. 36-37, 201)

De su mano descubrimos la larga genealogía de la propiedad que va desde Abraham Santángel, marrano toledano llegado de España hasta Santa Fe de Antioquia a fines del siglo XVIII, quien murió pobre pero les dejó como herencia en el testamento un consejo que fue luego “convertido en una especie de consigna de la familia: ‘Recuerden que no son más pero tampoco menos que nadie. Traten de vivir entre iguales; trabajen pero no manden, ni tampoco obedezcan’” (Abad Faciolince, 2014, p. 39), hasta él. Y entre medio una larga ristra de propietarios. Ismael, que ya había acumulado algunos bienes y vivía en El Retiro. Isaías, que llegó como colono a Jericó, entonces llamada Aldea de Piedras, en 1861, adquirió muchas tierras a base de trabajo y, entre otras, escrituró La Oculta en 1886. Elías, que introdujo y amplió la explotación de café (a los pecadores del pueblo, el cura les puso de penitencia sembrar café, y él “tenía más fama de pecador que de cafetero”) (Abad Faciolince, 2014, p. 240) y que fue el único que sobrevivió entre sus hermanos, muertos todos en la Guerra de los Mil Días, gracias a que se escondió en La Oculta, aunque luego se despeñó mortalmente mostrándole la propiedad a su primogénito. José Antonio, que expandió la finca y le dio esplendor, así como amplió el patrimonio familiar, benefactor notable del pueblo de Jericó, su modernizador en las primeras décadas del siglo XX. El abuelo Josué, quien quebró, lleno de deudas, y que solo pudo conservar La Oculta tras trasladarse a Sevilla, en el norte del Valle del Cauca, donde se dedicó con cierto éxito al comercio de ganado y a la cría de caballos, pero de donde luego tuvo que huir a Medellín perseguido por los pájaros, los conservadores, que mataron a un yerno, durante La Violencia de los años 1950. Y el padre de Antonio, Jacobo

—formado como médico y residente en la ciudad—, que recibió apenas una pequeña parte de la finca como herencia, repartida entre ocho hermanos, pero que, en su caso, por ser el primogénito, incluía la casa y unas pocas cuadras de café. Al final Antonio, el último hombre del linaje, da prioridad a los deseos de su pareja, vende su parte de la finca y deja abandonada y sin terminar la reconstrucción de esa historia, precisamente lo único que esperaba dejar como heredad a sus descendientes, sus sobrinos.

A diferencia de Antonio, para el que la propiedad siempre fue sitio de dicha, y de forma más parecida a Pilar (cuyo hijo fue secuestrado allí), la relación de Eva con La Oculta es dolorosa, lastrada con un trauma. Desde el inicio se percibe que, para ella, la finca está llena de sinsabores y malos recuerdos (Abad Faciolince, 2014); poco a poco, a medida que avanza la primera parte de la novela, se va perfilando la causa de esa desazón gracias al relato pormenorizado, en primera persona, de un terrible acontecimiento vivido allí cuando rondaba los cuarenta años. Si antes ella sentía que La Oculta “era mi verdadera casa. Nosotros, los de esta familia, siempre hemos sentido algo muy hondo, algo muy especial cuando estamos allá” (Abad Faciolince, 2014, p. 32), un lugar seguro, un refugio para los malos momentos (por ejemplo, tras sus separaciones maritales), luego del ataque de un grupo de paramilitares del que consigue salvarse tras arriesgar su vida en la huida, no se siente con suficientes fuerzas para volver durante quince años. La desconfianza en las personas se traduce en el desapego de la tierra, sobre todo de La Oculta (véase las páginas 130-131). La visita a la finca estará desde entonces plagada de miedos y reticencias, una tensión apenas superada por la insistencia de la madre y de Pilar. Tras morir la madre, aunque Eva reclama para sí la habitación de sus progenitores —que la madre había conservado intacta tras la muerte del esposo y que ella aspira a preservar igual, el único espacio de la finca en el que no manda su hermana— piensa repetidamente en vender su parte. Solo se lo impide la ilusión de dejarla como herencia para su hijo, sueño que es al final derrotado.

Cada hermano muestra por tanto una relación distinta con el pasado: Antonio mira al pasado lejano, donde entroncar el linaje familiar, mientras Eva huye del pasado cercano, traumático, buscando nuevas experiencias lejos de la tierra. ¿Y Pilar? Aparentemente no quiere saber nada del pasado lejano, por lo que desprecia las investigaciones históricas de Antonio (que, entre otras cosas, podrían poner en duda su catolicismo al rastrear su ascendencia judía); y trata de desprenderse de ese pasado reciente tan pleno de traumas (el ataque a Eva, el secuestro del hijo, la muerte del padre). Ello se contrapone a su capacidad para enfrentar con fortaleza las situaciones más terribles, y que casa bien con el papel de embalsamadora de los fallecidos de la familia, capaz por tanto de relacionarse con cierta

naturalidad con la muerte, de ignorarla para poder vivir solo en el presente –de la misma forma en que es capaz de recordar con frialdad a los sucesivos ahogados del lago o a los parientes cuyos restos reposan en la finca, en “el descansadero”, como lo denomina el mayordomo– lo que se refuerza por el carácter menos elaborado de sus reflexiones, mucho más vitalistas que los de sus hermanos. Pero Pilar es también la responsable de una básica tarea femenina a menudo poco visible: la conservación de los secretos familiares.

Los secretos (femeninos) de La Oculta

Los personajes principales presentan en sus relatos varios secretos relacionados con La Oculta (por ejemplo, como lugar de iniciación sexual de Antonio y Eva), pero al lector sobre todo se le ofrecen con cierto detalle dos que contraponen los vínculos que establecen respectivamente las dos hermanas respecto a la propiedad.

El primero es explicado por Eva: tras el ataque paramilitar a La Oculta, la madre y Pilar reconstruyen la casa incendiada pero, para poder sostener la propiedad y que los agresores los dejen en paz, se negocia con ellos el pago regular de una vacuna, de una extorsión –además de apelar al apoyo del “presidente”, el primer marido de Eva, quien tiene vínculos con los paramilitares–. De hecho, estos habían llegado a la región llamados por los propietarios (con la complicidad del ejército) para que los defendieran de la guerrilla –que, entre otras cosas, habían mantenido secuestrado durante nueve meses al primogénito de Pilar, liberado a cambio del pago de un costoso rescate– pero luego, tras limpiar la tierra de subversivos, ellos mismos se convirtieron en un nuevo azote en la región, con extorsiones, compras forzadas de tierras y otros abusos, por lo que también fueron progresiva e individualmente asesinados (Abad Faciolince, 2014, pp. 243-255, 269-273). Para Eva, la finca está por tanto unida a un secreto terrible (“Pilar fue capaz de hacer algo muy feo para conservar la finca [... Toño y yo] preferimos cerrar los ojos y la boca, nos hicimos los bobos”) del que todos parecen saber pero aparentan ignorar: para acabar con la guerrilla se había llamado a los paramilitares, a los que se financió y, luego, se pagó vacuna, pero de los que luego se salió también de forma violenta. Para Pilar, el sostenimiento la finca merecía hacer cualquier esfuerzo, más allá de la legalidad si era el caso. Eva, sin embargo, quiere salir de la finca, recuperar cierta libertad, pero no lo hace por el hijo: son los hijos los que lo hacen a uno egoísta (Abad Faciolince, 2014). Ella que ha sufrido en carne propia esa violencia excesiva está dispuesta a transar con la vista puesta en su hijo.

Este secreto se yuxtapone al que describe Pilar pocas páginas después. La tía Esther, viuda desde joven y quien pasaba sus últimos días en La Oculta al cuidado de Pilar, poco antes de morir le había contado el “pecado” del abuelo Josué, tal y como se lo transmitió a ella su madre, la abuela Miriam. Imposibilitada de casarse con su enamorado (un “turco” que debió sustituir a su hermano fallecido casándose con la viuda [lo que se conoce como *levirato*]) Miriam buscó consuelo casándose con Josué; pero este le pasó la sífilis (contraída en algún burdel) y, aunque ella consiguió sanar, este hecho marcó para siempre su relación con el esposo. Josué devino en una especie de varón dominado en el hogar, pues la abuela lo podía mandar a callar y a obedecerla repitiendo apenas entre susurros un mantra farmacéutico: “bismuto, sulfamidas y mercurio-yodo” (componentes del remedio usado en la época contra la sífilis). Pero la parte más trascendente del secreto, apenas insinuado por la tía, es que, durante el tratamiento médico, ella retomó brevemente la relación con el turco, de la que nació Jacobo, el papá de los tres hermanos (véase las páginas: 297-301). De hecho, por tanto, ellos son descendientes ilegítimos de los Ángel –la estirpe propietaria de La Oculta– y por tanto, de forma irónica, ¡más bien progenie de musulmanes que de judíos!; dada esta información, se entiende mejor la constante ironía con que Pilar se refiere a la saga familiar en la que Antonio trabajaba tan afanosamente. En este caso, el secreto lo conserva Pilar, un secreto que parece viajar solo por la vía femenina y que debe ser *ocultado* a los demás miembros de la familia –un ejemplo de la aplicación del refrán que le repetía la madre: diga que sí a su marido y luego haga lo que usted quiera (Abad Faciolince, 2014).

Dos secretos tan distintos y al tiempo tan fundamentales para conservar el preciado bien: uno que protege a la finca del ataque del exterior (guerrilleros/paras); el otro del ataque interior, de la desestabilización de las relaciones entre los miembros (por culpa de la rota filiación paterna). Ambos secretos están en manos de la misma persona, Pilar, aunque solo del primero son conscientes los demás miembros de la familia. No es casualidad que sea Pilar quien se declara, de forma paradójica para quien no conoce el trasfondo, como la más “moderna” de los hermanos, pues a ella no le interesan el pasado o el futuro sino el presente, echar para adelante de forma valerosa:

Me dicen que yo soy la hermana más anticuada, pero si vamos a ver, en el fondo, yo soy la más moderna, la que no mira al pasado, como Toño, ni al futuro que no existe, que ya se nos está acabando o se nos acabó, como Eva. Yo soy la que vive en el presente, aquí y ahora.... (p. 159)

Pero lo cierto es que lo hace asumiendo un papel femenino tradicional, como bastión y sostén del hogar.

La vida de las cosas como vida de las personas

Siguiendo al antropólogo Igor Kopytoff (1991) podría preguntarse si acaso esta novela no propone una “biografía cultural” de una cosa, en este caso la casa-finca, de tal forma que en ella el lector pueda reconocer una trayectoria esperable para ese tipo de bienes dentro de una determinada historia cultural. Puede ser, pero ese no es el objeto de esta reflexión, como se argumentó más arriba. Sin embargo, la propuesta de Igor Kopytoff permite intuir otro camino: en los relatos de los tres hermanos se ofrece una particular forma de “singularización” del objeto con el fin de separarlo de su generalidad, de la esfera en que no es más que un objeto igual a otros (como si se lo mirara en función del mercado de tierras, por ejemplo), representativo por tanto de un tipo de bien, la propiedad rural (Kopytoff, 1991). Esta singularización se produce mediante un proceso de “personalización”: lo que lo singulariza no es que se evite su mercantilización—amenaza que está presente a lo largo de toda la novela, y no solo al final cuando es adquirida casi en su totalidad para urbanizarla—, sino la reconstrucción del papel que ocupa como nexo relacional entre personas: entre generaciones, por un lado, en una perspectiva diacrónica, histórica; entre hermanos, por otro, en una dimensión sincrónica, en la actualidad. Se trata de una valorización personal, no cultural—así Pilar le atribuya unos vínculos similares al resto de antioqueños respecto de la tierra y la propiedad rural—; la tensión de la novela radica, precisamente, en la dificultad y los conflictos que expresan los personajes a la hora de “objetivar” la casa-finca: en el mismo momento en que lo logran se habría producido la total objetivación de las relaciones personales—lo que parece producirse en el caso de Antonio y Eva en al cierre de la novela, cuando ya se han desprendido dolorosamente de la propiedad—. Lo que hace a la finca La Oculta digna de una “biografía memorable” (Kopytoff, 1991) no es sino el drama de sus herederos tratando de encontrar su singular lugar en el mundo, una enfática negación de su objetivación.

En este relato no parece que se pueden separar las vidas de los objetos y de los bienes respecto de las de las personas que las poseyeron. El entrecruce de las vicisitudes de unas y otras se constituyen en puntos de anclaje de las tramas, unas tramas que hablan de relaciones sociales, emociones y valores culturales, pero que, sobre todo, suponen una reflexión sobre la condición humana y su lugar en el mundo.

Una estructura formal y un sentido moral

Pero no es solo en su contenido, sino también en su estructura formal que *La Oculta* propone una búsqueda de respuestas en un mundo complejo. La novela, que está compuesta por esos cincuenta fragmentos a cargo de los hermanos, da lugar a una macroestructura de tipo anular, una narración circular donde el cierre empata lógicamente con el inicio: la pregunta inicial por el destino de la casa-finca una vez ha muerto la madre recibe su respuesta al final, cuando se signa su destino: apenas una sombra desesperanzada de lo que fue, una casa disminuida espacialmente y decadente en términos de relaciones y vínculos sociales. Lo interesante es que, según plantea la antropóloga Mary Douglas (2007), la narración circular es una antigua solución formal que contrapone una secuencia de asuntos o imágenes con el objetivo de plasmar un determinado valor: en una primera parte, que no necesariamente coincide exactamente con la mitad del texto, se plantean inquietudes y preguntas que atraen la atención del lector y que solo se van resolviendo progresivamente en la segunda parte, hasta que finalmente se logra cerrar el ciclo. En el punto central, en la mitad, se presenta la pregunta de mayor entidad o complejidad, el punto álgido que marca el giro a partir del que se pasa al ofrecimiento de las soluciones. No se trata por tanto de una narración lineal, que enlaza acontecimientos de forma causal, sino del planteamiento de una serie de hechos sueltos cuyo sentido último solo se encuentra al final, en el desenlace, donde aparece claramente iluminada la respuesta moral que se da a la inquietud metafísica de partida (Douglas, 2007).

En las sociedades antiguas, como la hebraica de donde Douglas toma muchos de sus ejemplos, estas narraciones estaban asociadas a ceremonias rituales y su fin era responder a cuestiones profundas sobre el orden del mundo; sin embargo, también en algunas ocasiones se la ha usado en la novela moderna, como hace Laurence Sterne en *Tristram Shandy*, aunque por lo general no se ha respetado completamente su lógica estructural puesto que el público moderno no se está habituado a este tipo de relatos y a sus convenciones formales (Douglas, 2007).

Ese es el caso de *La Oculta*, con esa secuencia de fragmentos sin conexión causal o lineal, con acontecimientos en tiempos tan variados y sin orden cronológico, entre los que, sin embargo, parece fácil identificar el punto álgido: poco antes de la mitad de la novela, cuando Eva logra escapar del ataque paramilitar (véase el fragmento 22, páginas: 145-155). Más difícil resulta, sin embargo, reconstruir los eventos contrapuestos, aunque es evidente que hay varios temas problemáticos que aparecen enunciados en la primera parte y que luego son resueltos o, cuanto menos, clarificados:

por no volver sobre las relaciones con el tiempo, podría atenderse por ejemplo a la sexualidad de los tres hermanos (convencional por parte de Pilar, invertida en el caso de Antonio, desordenada en el de Eva), sobre la que en la segunda parte se profundiza en detalle y se muestra cómo cada uno de ellos la ha aceptado. Por supuesto, es sobre todo alrededor de las inquietudes y las digresiones sobre la propiedad heredada que el círculo bascula: a los deseos de preservación de la propiedad que se expresan inicialmente se contraponen la progresiva desazón y desamparo de la segunda parte. Si los relatos bíblicos proponían así una solución a sus inquietudes metafísicas, también *La Oculta* da una respuesta a los lectores. Una respuesta triste... deshabitada la casa y vacía de vida y relaciones sociales, lo que queda es un mundo también triste y mustio.

Más allá de lo formal, es evidente que este tono moral está presente en buena medida en toda literatura de ficción, si nos atenemos a lo que señala el sociólogo Luc Boltanski (2016) a propósito de las novelas de detectives. Siguiendo la estela de Claude Lévi-Strauss sobre los mitos, su estructura y su función, para Boltanski estas novelas constituyen una forma de enfrentar las contradicciones y las fisuras propias de las sociedades modernas –un asesinato o un delito constituyen un “enigma”, es decir la irrupción del “mundo” y “lo real” en la “realidad”, la visión parcial que tenemos de ese mundo–, establecen un régimen –unos criterios– a partir del que evaluar las acciones, los ejemplifican y amplifican con la espectacularidad de la trama: en este caso, dada la antigüedad o la rareza del patrimonio (la casa-finca paisa) que le otorga valores más fuertes basados en la doble reconstitución de la memoria, de los personajes y del autor que habla por ellos (Heinich, 2012).

Es por ello que este tipo de narraciones adquieren un carácter metafísico y no solo literario: con el relato, al hacer girar las contradicciones en todos los sentidos posibles (ofreciendo varias versiones de los hechos a medida que se recogen pruebas y testimonios, complejizando los acontecimientos), no se espera superar esas contradicciones dialécticamente, sino hacer que el lector se aclimate a ellas, naturalizando la existencia de una brecha social que solo se cierra momentáneamente al final de cada episodio o relato cuando se logra recomponer cierto orden más o menos precario (como cuando se identifica y castiga al causante del desorden), pero a la espera siempre de un nuevo delito que resolver: la realidad que ofrece la novela de detectives, una narración sobre el mundo que se soporta en evidencias que hacen momentáneamente aceptable al mundo, a lo real sobre lo que no se tiene sino un control imaginario (Boltanski, 2016).

Nada distinto propone *La Oculta*: por medio de las tensiones narrativas alrededor de la heredad se despliegan las penas y glorias de la convulsa

vida de sus personajes principales, tres hermanos que tratan de encontrar su propio sitio en un mundo contingente y contradictorio. La novela de Abad Faciolince crea su realidad a partir de situaciones mediadas por la casa-finca, el lugar imaginario en el que se escenifican relaciones y afectos: la posesión y la transmisión del bien patrimonial es objeto de tensiones personales y familiares, de valoraciones morales, de decisiones y tomas de posición, como si el patrimonio material tuviera una especial disposición para amplificarlas y hacerlas resonar con mayor fuerza (Flahault & Heinich, 2005; Heinich, 2012). La propiedad heredada funciona en este caso como tropo, pues con ella se reciben sobre todo vínculos y afectos a partir de los cuales los personajes humanos reflexionan y se realizan como individuos elaborando mentalmente un constructo moral, metafísico, sobre la sociedad en su conjunto (Cavell, 1981) al explorar, en este caso, tres posibilidades de la condición humana en cabeza de cada uno de los hermanos, figuras subrogadas del autor de la novela.

Referencias bibliográficas

- Abad Faciolince, H. (6 de octubre de 2018). Hector Abad: 'Do not sink into rancour' [interview by J. P. Daniels]. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/books/2018/oct/06/hector-abad-the-farm-colombia-books-interview>.
- Bajtín, M. M. (1992). Hacia una metodología de las ciencias humanas. En *Estética de la creación verbal* (pp. 381-396). Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Boltanski, L. (2016). *Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bouveresse, J. (2008). *La connaissance de l'écrivain. Sur la littérature, la vérité et la vie*. Paris, Francia: Agone.
- Cândido, A. (2006). Crítica e sociologia (tentativa de esclarecimento). En *Literatura e sociedade* (pp. 12-24). Rio de Janeiro, Brasil: Ouro sobre Azul.
- Canfield, K. (2018). *The Farm* by Hector Abad. *World Literature Today*, 92 (2), 66-67.
- Cavell, S. (1981). *Pursuits of Happiness. The Hollywood Comedy of Remarriage*. Cambridge and London, Estados Unidos e Inglaterra: Harvard University Press.
- Douglas, M. (2007). *Thinking in Circles. An Essay on Ring Composition*. New Haven and London Estados Unidos e Inglaterra: Yale University Press.
- Flahault, F. & Heinich, N. (2005). La fiction, dehors, dedans. *L'Homme*, 175-176, 7-18.
- Frigolé, J. (1995). *Un etnólogo en el teatro. Ensayo antropológico sobre Federico García Lorca*. Barcelona, España: Muchnik Editores.
- Heinich, N. (2012). Les émotions patrimoniales: de l'affect à l'axiologie. *Anthropologie Sociale*, 20 (1), 19-33.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). Ciudad de México, México: Grijalbo/CNCA.
- Passeron, J.C. (2011). La ilusión novelesca. Descripciones en *-grafía, -logía, -nomía*. En *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas* (pp. 307-328). Madrid, España: Siglo XXI Editores.

- Pron, P. (11 de julio de 2018). Three recent novels show of Latin America's varied history –and literary style. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2018/07/11/books/review/new-latin-american-fiction.html>.
- Sanz, E. (13 de abril de 2015). El precio del paraíso. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/cultura/2015/04/09/babelia/1428579437_069602.html.
- Schuster, C. E. (2016). Repaying the debts of the dead. Kinship, microfinance, and mortuary practice on the Paraguayan frontier. *Social Forces*, 60 (2), 65-81.
- Zuleta, E. (2010). Tres culturas familiares colombianas. En *Tres culturas, tres familias y otros ensayos* (pp. 23-38). Medellín, Colombia: Hombre Nuevo Editores.
- Wuthnow, R. (2015). *In the Blood. Understanding America's Farm Families*. Princeton and Oxford: Estados Unidos e Inglaterra: Princeton University Press.